

LAS GUERRAS DE LA COEXISTENCIA

OSIRIS TROIANI



El 20 de abril, al anunciar el fracaso de la invasión a Cuba, el Presidente Kennedy indicó claramente la necesidad de una nueva doctrina militar. Está contenida en tres párrafos de su discurso de aquel día ante la sociedad de directores de periódicos. Esos párrafos son los siguientes:

1.—“Es más evidente que nunca que afrontamos una lucha inexorable en todos los rincones del mundo, que va más allá del encuentro de ejércitos y hasta de la confrontación de elementos nucleares, los cuales (es decir, los ejércitos y las armas atómicas) **sirven principalmente como coraza**, tras la cual la subversión, la infiltración y un sinnúmero de tácticas pueden avanzar incesantemente, escogiendo las zonas vulnerables una por una, **en situaciones que no permiten nuestra propia intervención armada**”.

2.—“No podemos dejar de tomar nota de la naturaleza insidiosa de esta nueva y más profunda lucha. No podemos dejar de captar **los nuevos conceptos, los nuevos instrumentos, el nuevo sentido de urgencia** que necesitamos para combatirla, sea en Cuba o en Vietnam del Sur, y no podemos dejar de comprender el sentido de esta batalla que se libra día a día, sin armamentos o redoble de tambores, en

miles de aldeas y mercados y aulas de todo el mundo”. Ese sentido se describe en otro pasaje: **“El descontento legítimo de pueblos ansiosos es objeto de explotación. Se emplean los medios legítimos de la autodeterminación. Pero, una vez en el poder, se sofoca toda voz de descontento”** ...

3.—“**Por demasiado tiempo hemos fijado nuestros ojos en las tradicionales necesidades militares, en ejércitos preparados para cruzar fronteras o proyectiles prestos a salir despedidos. Ahora es evidente que esto ya no basta; que nuestra seguridad podría perderse sin disparar un solo proyectil o cruzar una sola frontera**”.

Cuba, Laos, Congo, Vietnam del Sur

Ese mismo día, el presidente Kennedy encomendó al general retirado Maxwell D. Taylor que, en el plazo máximo de dos meses, preparase un informe sobre la capacidad de los Estados Unidos para librar “guerras no convencionales”.

La Casa Blanca recibió ese informe el 27 de mayo, en vísperas del viaje del presidente Kennedy a Europa, durante el cual debía entrevistarse en Viena con el señor Nikita Kruschev.

Habían pasado cuatro meses desde

que el señor John F. Kennedy ocupara el gobierno de los Estados Unidos. En ese lapso, fuerzas irregulares bajo dirección comunista habían avanzado continuamente en el Vietnam del Sur, en Laos y en el Congo.

En cambio, las fuerzas desembarcadas en Cuba para rescatar a ese país del comunismo, habían sufrido un desastre completo.

Las investigaciones ulteriores sobre las causas del desastre permitieron comprobar oficialmente que la operación fue organizada, desde mediados de 1959, por la ACI (Agencia Central de Inteligencia), y que los planes fueron rubricados por el general Lemnitzer, jefe de estado mayor del ejército norteamericano, y el almirante Arleigh Burke, jefe de operaciones navales. Estos tres organismos habían cometido errores considerables en su estimación de la fuerza política y militar del régimen cubano.

La conclusión forzosa era que, en los cuatro países donde se han desarrollado operaciones militares, prevalecían las fuerzas apoyadas por la URSS, sin que pudiera apreciarse ninguna intervención de la URSS, directa ni indirecta, puesto que nadie la denunció ante los organismos internacionales.

Había enviado armas a Cuba, pero en condiciones inobjtables desde el punto de vista del Derecho Internacional, es decir por pedido de un gobierno universalmente reconocido (inclusive por los Estados Unidos, que trata con él por intermedio de Suiza). También ha vendido armas, presumiblemente, a los gobiernos del Congo (Gizenka) y Laos (Souvanna Phuma), reconocidos como tales no solo por el bloque soviético sino también por varios países de Africa y Asia.

En cuanto a Vietnam del Sur, donde la actividad comunista es claramente subversiva y no se ampara en título

legal alguno, si un gobierno extranjero enviase armas a los guerrilleros se pondría en contradicción con el Derecho Internacional y con la carta de las Naciones Unidas. No hay duda de que, si existiera alguna prueba de ingerencia extranjera, la OTASE habría acudido en auxilio del gobierno de Hanoi; pero el gobierno de los Estados Unidos no formuló ninguna proposición de ese carácter.

En los cuatro países, la URSS sacaba ventajas, pues, "sin disparar un solo proyectil o cruzar una sola frontera", para decirlo con las palabras del presidente Kennedy. Eran "situaciones que no permiten nuestra propia intervención armada", puesto que el adversario se había asegurado una fuerte posición jurídica y disponía, además, de una "coraza" (su propia fuerza armada y su poderío nuclear) que le permite auspiciar tales operaciones.

Franqueza y responsabilidad.

El señor Walter Lippmann, a quien se reconoce generalmente como la primera autoridad de la prensa norteamericana en materia de política internacional, sostiene desde hace tiempo que, para señalar a su país el rumbo que le convenga en el período de la coexistencia, es necesario efectuar previamente una "revaluación" del actual equilibrio militar.

El la hace en lo siguientes términos: "Desde 1949, cuando la URSS puso fin al monopolio nuclear de los Estados Unidos, este país no ha tenido nunca un líder que osara explicarle francamente las consecuencias del cambio que se ha producido en el equilibrio mundial del poder. Antes de que, en el decenio de 1950, los soviéticos empezaran a desarrollar la fabricación de proyectiles dirigidos, portadores de armas nucleares, la preeminencia militar de los Estados Unidos era todavía

tan grande que fueron capaces de circundar a aquel país con bases militares que se extienden del Japón y Corea del Sur, por Asia y el sudeste asiático, hasta el Medio Oriente. Fuimos bastante fuertes para ordenar al ejército rojo que se retirara del norte del Irán, país que tiene una frontera común con Rusia. Fuimos capaces de eliminar, mediante un puente aéreo, el bloqueo de Berlín Occidental. Estas cosas fueron posibles porque detentábamos entonces la supremacía militar”.

“Cuando la URSS se convirtió en una potencia nuclear, cuando nuestra supremacía fue reducida a una mera paridad, continúa Lippmann, los hombres más sabios del Oeste, hombres de gran memoria, de larga experiencia y de espíritu previsor, comprendieron que las avanzadas militares no podrían ser mantenidas en las fronteras del mundo comunista. Lo mismo que Cuba no es ahora, ni le será permitido ser, una avanzada militar soviética, así mismo posiciones periféricas como Laos, Vietnam del Sur, Quemoy y Matsu, no podrán convertirse en avanzadas norteamericanas”.

Según Lippmann, “el cambio en el equilibrio mundial de fuerzas exigía, a su vez, un cambio en nuestra política. Exigía el abandono de nuestra política (tradicional) para con los Estados Latinoamericanos y la promoción de una política de neutralismo para los países débiles y vulnerables situados en la periferia de la URSS. Tal es nuestra mejor y quizá nuestra única esperanza de no ser sumergidos por el comunismo. En cierto grado, la administración del presidente Kennedy ha reconocido esta verdad cuando, por ejemplo, aceptó la idea de un Laos neutral. Mas el presidente no lo ha explicado así al pueblo norteamericano y, por lo tanto, no puede apoyarse con seguridad en la opinión pública. Ade-

más, hay poderosos intereses burocráticos en el Departamento de Estado, en la ACI y en el Pentágono, que se oponen a un cambio de política por el presidente Kennedy, con un criterio semejante al de los generales franceses de Argelia en cuanto al cambio preconizado por el general De Gaulle en ese país”.

Si bien se mira, el señor Lippmann no sostiene que el nuevo gobierno no haya tomado conciencia de esa nueva situación.

En realidad, el presidente Kennedy, durante su campaña electoral, no dejó de advertir al país que en los últimos ocho años se había rezagado peligrosamente en el orden militar, científico y aun económico. Los hombres que lo acompañan en la dirección de la política exterior, Dean Rusk, Chester Bowles, Adlai Stevenson y Averell Harriman, han sido críticos persistentes de las empresas de John Foster Dulles, que continuaba creando posiciones de fuerza alrededor de la URSS cuando su país ya había perdido aquella superioridad que le permitió en 1946 “ordenar al ejército rojo que se retirara del norte del Irán”. Bowles había escrito con toda claridad que ya no es posible mantener la cadena de “protectorados asiáticos” a que se refiere Lippmann, y que la única solución consiste en neutralizarlos, como se trata de hacer ahora con Laos.

Lo que el señor Lippmann reprocha al presidente Kennedy es no haber advertido a los más amplios sectores de la opinión pública, nacional y extranjera, que mientras los Estados Unidos no recuperen la primacía militar y científica, cosa que no podrá ocurrir, en el mejor de los casos, antes de diez años, estarán colocados a la defensiva, sin otro recurso que confiar en la prudencia de la URSS para que su gobierno, explotando la nueva situación,

no ponga al pueblo norteamericano en la obligación ineludible de luchar por aquellos principios y aquellas posiciones sobre los cuales no puede haber transacción. Sobre la utilidad de esa advertencia pueden existir diversas opiniones: claro que la opinión pública comprendería mejor ciertas decisiones de Washington, pero también es cierto que el derrotismo puede causar daños mayores. En todo caso, el presidente Kennedy ha procedido hasta ahora con el máximo de franqueza compatible con su responsabilidad. Así, por ejemplo, en su conferencia de prensa del 22 de abril confesó abiertamente que la URSS conservaría su ventaja, en la competencia cósmica, por lo menos hasta 1970.

Pero, aún si se estima que el nuevo gobierno norteamericano no ha dicho toda la verdad al público, es evidente que la conoce y que procede conforme a ella. El discurso del señor Kennedy a propósito del fracaso en Cuba, la misión encomendada al general Taylor, la creación de un centro de "operaciones especiales" (su jefe, el señor Theodore C. Achilles) para ayudar a la Casa Blanca a intervenir rápidamente en crisis como las de Cuba y Laos, son elementos que concurren a demostrar que se ha tomado conciencia, en Washington, de las verdaderas debilidades de la defensa norteamericana. El presidente Kennedy no ignora que los triunfos rusos de estos últimos años se deben a que la URSS concentró sus esfuerzos en las formas de lucha que aún se podían practicar, mientras que los Estados Unidos se prepararon para una guerra que no estallará.

El mismo Lippmann, escribiendo sobre la entrevista de 8 horas que le concedió el señor Kruschchev a orillas del Mar Negro, durante el mes de abril, explica que las inevitables fricciones militares del período de la coexisten-

cia se manifestarán en forma de "guerras de liberación nacional".

"Existe la evidencia convincente de que la URSS no está contemplando una guerra, y que se preocupa sinceramente por evitar que una crisis, ya sea en Laos, en Cuba o en Alemania, se vuelva incontrolable. De otra parte, no hay duda de que la URSS tiene la ineluctable determinación de alentar el movimiento revolucionario de los países sub-desarrollados. Esta inexorable determinación deriva de su fe en la aceptación fatal del comunismo por los países desarrollados. El gobierno soviético tiene mucha confianza en sus fuerzas militares. Pero las considera no como un instrumento para la conquista del mundo, sino como una protección contra la interferencia norteamericana en la predestinada revolución mundial".

Las armas y la ideología

Este panorama no es completo si se omite señalar que la URSS debe también someter su actividad exterior a las mismas limitaciones. No puede lanzarse a una agresión directa con armas nucleares, porque los Estados Unidos disponen de un poder de represalia capaz de provocar una destrucción más o menos equivalente. Tampoco puede movilizar sus propias tropas, con armas convencionales, en ningún país situado fuera de la órbita soviética, cosa que nunca hizo desde 1945, porque ello pondría en acción la red de alianzas creada por la diplomacia norteamericana: NATO en el Atlántico, CENTO en el Medio Oriente, OTASE en el sudeste asiático, OEA en el hemisferio occidental.

Durante el período de coexistencia o sea, mientras uno de los contendores no disponga de una superioridad tal que pueda aniquilar al otro sin exponerse a sufrir la misma suerte no ha-

brá, pues, guerra clásicas ni guerras nucleares, sino "guerras de liberación nacional" en los países "no comprometidos".

En dichos países solo se puede intervenir en forma indirecta, a saber:

a) Por medio de envíos de armas y técnicos, siempre que los haya solicitado el gobierno regular; o

b) Estimulando la acción de ciertas fuerzas u organizaciones locales, con la prudencia necesaria para no provocar la reacción del gobierno constituido o de las Naciones Unidas.

La nueva doctrina militar debe tener en cuenta, pues, la posibilidad de que las alianzas militares y el poder atómico nunca entren en juego. Ambos elementos son necesarios: si no existieran sí se habría producido una agresión directa soviética, con armas convencionales o nucleares. Pero, en adelante, no cumplirán sino ese papel negativo.

En este orden de ideas, cabe señalar que el Secretario de Defensa, S. Robert McNamara, en su declaración del 4 de abril ante la comisión de Fuerzas Armadas del Senado, indicó que los Estados Unidos deben conservar su capacidad para hacer frente a un ataque nuclear en gran escala, pero no necesitan de un dispositivo de represalia inmediata. Anunció, por lo demás, la reducción de los trabajos de perfeccionamiento del bombardero tripulado supersónico B-70, la cancelación de los planes para producir un avión militar de propulsión atómica y la renuncia a incrementar la producción de los antichetes Nike Zeus.

Por su parte, el Secretario de Estado, señor Dean Rusk, informó a sus colegas del consejo de la NATO durante las sesiones del mes de mayo en Oslo, que los Estados Unidos están en condiciones de hacer frente a la amenaza nuclear soviética, y que sus tropas,

pertrechadas con armas corrientes mejoradas y también con armas nucleares, permanecerán en Europa indefinidamente. Añadió que estas precauciones tienen por objeto, justamente, prevenir la agresión directa del enemigo, pero que el gobierno de los Estados Unidos procura adaptar sus normas estratégicas a otras formas de agresión solapada. A la luz de estas declaraciones, la promesa de entregar siete submarinos Polaris a la NATO, y de no retirar las tropas norteamericanas en Europa, adquieren sobre todo un valor psicológico.

Las guerras de la coexistencia se librarán, por lo tanto, en Asia, Africa y América Latina, y mediante la interposición de fuerzas nacionales. El apoyo que presten las grandes potencias a esas fuerzas nacionales no debe contravenir flagrantemente los principios del Derecho Internacional, porque entonces la opinión mundial reacciona en forma adversa y ello causa mayores males que la pérdida de una posición dominante en tal o cual país. Por otra parte, el aspecto puramente técnico de esta clase de operaciones pasa a segundo plano, en beneficio de las consideraciones de orden político, económico y social.

Se ha establecido que Corea del Sur, Vietnam del Sur, Laos y el Irán, son los cuatro países que en mayor escala se beneficiaron con los programas norteamericanos de ayuda al extranjero. Sin embargo, los cuatro están en peligro de caer en la órbita comunista. Esta lección negativa hace suponer a algunos observadores norteamericanos que, para alcanzar resultados comparables a los del enemigo, los Estados Unidos deberían estimular en esos países reflejos nacionalistas que puedan ser orientados contra la URSS y China, y eliminar la impresión de que los Estados Unidos están aliados, de

hecho, con los grupos sociales dominantes.

En momentos en que Francia, con un cuerpo expedicionario de 400.000 hombres, se ve obligada a negociar con un ejército rebelde argelino que nunca reunió a más de 25.000 combatientes mal armados, parece innecesario insistir sobre la prevalencia de los factores políticos, económicos y sociales en las guerras que se librarán du-

rante el periodo de coexistencia. Los grandes jefes franceses habían estudiado con particular atención los trabajos de Mao Tse-tung sobre la guerra revolucionaria, pero fueron impotentes ante unas formaciones guerrilleras que, tal vez sin haber leído al teórico comunista, encontraron condiciones más propicias para aplicar sus métodos. La semilla no germina sino en el terreno que le conviene.

De acuerdo con los cálculos recientes de la Academia de Ciencias de Noruega, de los 6.560 años que se han registrado en los anales de la historia del hombre, sólo 292 han transcurrido sin que se haya sentido el clamor del choque de las armas. En los 14.531 conflictos, grandes y pequeños, que han acaecido durante este tiempo, han muerto unos 3,6 billones de personas, mientras que el número de los heridos y mutilados es inimaginable.

Con razón la Organización de las Naciones Unidas, desde bien temprano en sus deliberaciones, trató de proscribir la guerra como medio de resolver las disputas internacionales. Desgraciadamente, no se detuvo a definir qué quería decir con "la guerra".

Tomado de Military Review.